

Comunicación.

Entrevista con María Aurelia Delgado Mansilla

Jesús Hernández
Universidad Católica Andrés Bello. Caracas. Venezuela
jbernaez@ucab.edu.ve



marylin.delgado@aretea.es
marylindelgado.com
@philosophypills (Twitter)

María Aurelia Delgado Mansilla, llamada Marylin por cuantos la conocen, es la Editora Invitada de este número de la Revista LÓGOI.

No está fuera de lugar decir aquí que María Aurelia Delgado fue una muy destacada estudiante que enseguida pasó de quemarse las cejas como estudiante a profesora más que exigente y competente.

Pareció oportuno a los responsables de esta publicación proponer una entrevista a la Editora Invitada con la cual iniciar las páginas de esta entrega. Para satisfacción de todos, Marylin accedió, por lo cual la Revista le queda muy agradecida.

Habida cuenta de los tiempos que corren, la entrevista fue realizada por medio de un intercambio de mensajes de ida y vuelta por correo electrónico: pregunta que va, respuesta que viene. Salvo en los pormenores que tocan a la presentación formal de nuestra invitada, la entrevista no está editada. Todo su

contenido se corresponde con preguntas encuadradas en un esquema previo para mejor desenvolvimiento de la entrevista y conocimiento de la entrevistada por parte del lector.

La Revista LÓGOI agradece a Marilyn todo el arduo trabajo que se ha echado encima al aceptar una encomienda tan laboriosa, esperando que esta relación se mantenga en el tiempo.

LÓGOI: Me parece oportuno iniciar esta conversación pidiéndole que nos cuente de sus primeros años, de su infancia, de algún recuerdo más vivo de su aparición en este mundo. La familia nos acompaña a lo largo de la vida: ¿qué desea contarnos al respecto?

M: Tuve una infancia llena de afecto. Nací en Buenos Aires, de padres españoles, muy trabajadores y cariñosos. Siempre tuvieron tiempo para mi hermano y para mí, por muy cansados que llegaran a casa. Marcaron una forma de ser siempre resuelta a proteger y darlo todo por la gente que queremos, y dispuesta a hablar los problemas. No había cena en que no tuviéramos cada uno su turno para comentar cómo estuvo su día, qué hizo, qué no hizo, o qué pudo haber hecho. Siempre fuimos los cuatro para todo. Mi padre hace años que ya no está con nosotros. Pero seguimos el modelo.

Sobre recuerdos vivos de los primeros años... Me han dicho siempre que no jugaba con muñecas, que me gustaba jugar con personas. La verdad que no tengo recuerdos de jugar con juguetes. Sí tengo vívidas imágenes de sentar a mis dos vecinitos delante mío y someterlos a toda clase de charlas. No tengo idea sobre qué versarían, pero aguantaban sentados durante bastante tiempo.

Recuerdo también que a la hora de dormir me hacía contar un mismo cuento varias noches seguidas. Claramente la idea era grabarme cada detalle. Cualquier intento posterior de acortar el cuento, o pasar algo por alto para que me durmiera más rápido, era totalmente inútil. A la más mínima alteración, reclamaba enseguida que así no era la historia y terminaba contándola al pie de la letra desde el principio. Debí ser agotador para mis padres.

Fui muy tímida hasta casi los cinco años. Cualquier cosa me daba vergüenza. Cuando en el parque quería jugar con otra niña le pedía a mi madre que hablara con ella. Mi madre me repetía que si quería jugar debía ir yo y hacerme amiga. Me quedé sin jugar con alguien no sé cuántas veces. Hasta que al final me atreví. A

partir de entonces no es que sea exageradamente extrovertida, pero de innecesariamente tímida o vergonzosa ya no tengo nada.

L: Seguramente recuerda el primer día en que pisó un jardín de infancia o escuela primera. ¿cómo fue?, ¿le gustaba ir a la escuela?

M: Del jardín de infancia recuerdo los ratos de manualidades y los juegos al aire libre. Recuerdo dos delantales que me hizo mi madre: el delantal-uniforme con el que íbamos todos los días, el mío era rosa a cuadritos, con un “Marylin” bordado en rojo en la parte superior derecha, y otro azul marino, también con mi nombre, para las clases de pintura y plastilina.

El recuerdo más nítido de preescolar es el de un niño que era un tormento. Le robaba a otras niñas la merienda, les escondía la plastilina o las empujaba para llegar antes a los columpios. No sé por qué nunca se metió conmigo. Un día hizo llorar a varias niñas por la manía de sentarse primero en uno de esos aparatos, esos de vaivén con dos asientos enfrentados. Ese día me senté en el asiento que quedaba libre y recuerdo que empecé a hablarle sobre lo que le pasaba a los niños malos. Tenía cinco años. Vaya a saber qué le diría, pero súbitamente el niño empezó a ser civilizado. Hasta la maestra lo elogió por el cambio.

En la escuela fui muy aplicada. Recuerdo pasar horas perfeccionando una tarea, o leyendo por adelantado el capítulo de algo que no tocaba estudiar hasta la semana siguiente. Me criaron enseñándome a tratar de ir siempre un paso más allá, aunque no fuera necesario, y de manera muy independiente, empujándome a valerme por mí misma, proyecto que se reforzó cuando empecé la secundaria en un colegio con una educación muy exigente, pero con prácticas muy novedosas. Allí el esfuerzo se recompensaba. Mis maestros me hacían sentir importante, y ser importante consistía en participar en un programa de clases de apoyo ayudando a otros compañeros a sacar sus materias.

L: Pasemos a sus años de adolescencia y juventud: sus estudios siguen, aparecen probablemente las primeras aficiones o inclinaciones (íntimas) que entusiasman su ánimo y ocupan sus pensamientos...

M: Los primeros años de mi adolescencia los pasé en Argentina y el resto en Venezuela. Cuando cumplí los quince años, mi familia decidió trasladarse a Caracas buscando futuro. La noticia para mí en ese

momento fue terrible. Estaba bajo la convicción de que tenía ya mi mundo hecho y de repente todo se había venido abajo. Tuve que dejar colegio, amigos, el primer noviecito... En fin, una tragedia. Y llegamos a Venezuela, donde al final pasé los mejores años de mi vida. Viví más en Venezuela que en Argentina, y que lo que hasta ahora llevo en España. Aquella Venezuela tan distinta, de oportunidades, de vanguardia, de acogida...

La diferencia entre el comienzo de clases en Argentina y Venezuela, y el hecho de que pude preparar y presentar muy rápido los exámenes de equivalencia de estudios, me permitieron continuar el bachillerato sin perder ningún año. También pude continuar mis estudios de inglés, que había comenzado a los trece, logrando entrar en el nivel en el que los había dejado. Terminé el bachillerato a los diecisiete. Se me dio entonces por estudiar Diseño Arquitectónico. Todavía me preguntó por qué. Yo quería otra cosa, pero no tenía idea de qué exactamente.

Mientras tanto, seguía escribiendo. Siempre escribí, en diarios, en cuadernos, en hojas sueltas que guardaba en carpetas. Escribía sobre mí, sobre otros, sobre lo que me llamaba la atención, sobre mis pensamientos y sentimientos, típicamente enérgicos y confusos cuando se está abandonando la adolescencia. Incluso escribía poesía, o algo parecido. Y seguía leyendo, y trabajando... Ya terminando bachillerato empecé a trabajar unas horas en un banco, asistiendo en el departamento internacional donde necesitaban gente que hablara en inglés. Luego me hicieron empleada fija. Trabajé en ese banco un año. Con lo que ahorré me fui un mes a Buenos Aires a visitar a mis añorados amigos. Volví muy decepcionada. No por ellos, sino porque nada había cambiado. Ellos, inocentemente, lo veían normal. Claro, qué podía cambiar en tres años. Yo, sin embargo, veía y sentía que las cosas en Venezuela estaban siempre como en una especie de metamorfosis constante. Al regreso, ya con dieciocho años, me puse a buscar otro trabajo. Encontré uno en la industria del cine. Y dos años después, algo me iluminó y me inscribí en Filosofía.

L: Algo me iluminó, dice usted: ¿por qué motivos se le ocurrió que lo suyo era estudiar Filosofía?

M: En realidad, al principio había decidido estudiar Psicología, pero en el último momento, justo el día en que fui a formalizar la inscripción en la UCAB, no sé por qué fui a parar al tercer piso. Pasé por la Escuela de Filosofía y algo me dijo que había estado interpretando mal las señales, que lo que yo realmente quería

era saber, pero saber en serio. Quería ser una profesional del pensamiento y del conocimiento. Ostentosa la pretensión pero completamente sincera.

Como casi todos, creo, empecé perdida en Filosofía. El primer día de clase volví llorando. Fue hace siglos, o hace un rato, depende cómo y quién lo vea, y yo lo veo claramente como si acabara de pasar. Le dije a mis padres que había cometido el mayor error de mi vida, que la carrera era muy difícil, muy complicada, que no iba a poder con ella, que me sobrepasaba, que no sería capaz... El segundo día empezamos a leer diálogos platónicos. La Apología de Sócrates. Clásico. Volví fascinada y ligeramente menos angustiada.

L: Empezó perdida y además llorando el primer día de clase: ¿se puede saber por qué lloró? Como, además, añada que contó a sus padres haber cometido el error más grande su vida...

M: Bueno, fue una reacción bastante emotiva en ese momento, pero tampoco vaya a pensar que me puse a llorar a mares. Me sentí abrumada. Más que nada por las expectativas que tenía de mí misma, las expectativas de querer encajar en ese ambiente. En retrospectiva, poniéndome en el lugar de aquel yo prematuro con cierta tendencia igualmente precoz a lo perfeccionista, era normal y natural sentir agobio, y la incertidumbre usual ante nuevos retos, sobre todo teniendo en cuenta que ya me había echado encima otras responsabilidades. Cómo procesa el ánimo eso a ciertas edades y en ciertas circunstancias es imprevisible.

Desde otro punto de vista, la experiencia no fue negativa. Recuerdo que lo que me resultó más imponente fue la propia UCAB, su enclave, su vegetación, sus jardines, su arquitectura... Y las palabras cálidas de bienvenida del legendario Padre Arruza. Luego empezó la clase con otro profesor y tomé consciencia de que si quería ser buena en Filosofía no solo haría falta esfuerzo y estudio, sino también alcanzar ciertos grados de comprensión, reflexión, lucidez bastante por encima de lo que estaba acostumbrada.

L: Bien, el caso es que siendo de lo más joven ya la tenemos estudiando Filosofía y trabajando a la vez. Vayamos por partes: ¿cómo se las arregló para atender sus estudios y su trabajo? Y en segundo lugar, nos gustaría que nos hiciera un pequeño recorrido por aquella Escuela de Filosofía, más precisamente por sus estudios: ¿qué huella marcaron en usted que puede darse por imborrable?

M: La única forma posible de atender estudios y trabajo, o cualquier otra actividad, es organizándose. Eso no quiere decir que sea fácil compaginar vida académica y vida profesional en el sector empresarial, sobre todo cuando se está tratando de hacer carrera en ambos planos.

En mi caso, yo me propuse unas metas y me agarré firmemente a ellas, manejando prioridades y preferencias como pude y según se iban presentando. Salía corriendo del trabajo a las cuatro de la tarde y después de las típicas y largas colas en la autopista llegaba a clase, y de clase a casa, a veces casi a las diez de la noche, y antes de dormir, a leer un rato filosofía o a repasar apuntes. Hubo fricciones y privaciones en el plano personal, por supuesto, pero valía la pena. Ya el último año de carrera se me complicaron más las cosas porque me ascendieron en el trabajo y eso exigía más dedicación. Pero hice mis ajustes. Eso sí, los fines de semana se me iban casi siempre completos adelantando algún trabajo que presentar o estudiando.

Huellas imborrables... Muchas. En aquella época la Escuela de Filosofía estaba siempre llena de gente, de estudiantes de filosofía, de gente de otras Escuelas, y de otras carreras que venían a curiosear o venían de oyentes... Ahí siempre presente también estaba Corina Yoris, que hizo lo suyo por esa Escuela y luego quedó al frente de ella.

Si vamos a hablar de huellas, hay dos grandes: el Profesor Mario Sambarino, con su estilo literario exquisitamente erudito, siempre sacudiendo mentes y, muy especialmente, el Profesor Javier Sasso, mi mentor y director de tesis.

Sasso era único en lo filosófico y en lo personal. No hay descripción en la que quepa. Ingenioso. Incisivo. Brillante. Terriblemente exigente. Y, a veces, un tanto estresante. Un día me dijo de todo porque el examen que había hecho “podía haber sido mucho mejor”. Cuando vi la nota había sacado 20. Pero de verdad estaba enojado porque, según él, podía haber dado más, aunque no pudiera ponerme más nota. Otro día, ya después de haber pasado la defensa de mi tesis, quedamos para tomar un café y le pregunté en broma qué tema iba a sacar para llevarme de una vez la bibliografía: hasta en las situaciones más intrascendentes hacía conexión con algún autor o tema y por ahí se iba la conversación, así que con él había que estar siempre atento. Aquel día me contestó que ya llevaba él la *Metafísica de las Costumbres*. Fue en serio. Apareció con el libro. Era para regalármelo. Sabía que en su momento había estudiado esa obra por fotocopias, que no había podido conseguir el texto... Cuando decidió dejar una de sus cátedras,

la entonces “Ética Fundamental y Social”, para aceptar otras oportunidades académicas, tuvo la generosidad de sugerir mi nombre. Así empecé mi carrera docente en la UCAB, que llevé a la par con un nuevo nombramiento directivo en la entonces Columbia Pictures, luego Sony Entertainment Pictures.

No solo fueron tiempos irrepetibles. Fueron perfectos. No tardé en terminar riéndome de los reparos y miedos de aquel primer día de clase.

L: Con lo cual la siguiente pregunta viene sola: organizada, disciplinada y exigente consigo misma -amén del ejemplo estimulante de docentes sin parangón- ha concluido sus estudios formales, le corresponde elaborar su primer trabajo conducente a título académico: trabajo de grado. ¿Qué tema eligió y por qué?

M: Mi tesis fue un análisis crítico de un libro en inglés de dos autores británicos especialistas en filosofía moral, concretamente en temas de metaética, e inspirados por Wittgenstein (aunque con sus distancias). El trabajo contenía también una introducción a Wittgenstein y su enfoque sobre cuestiones éticas, y a las teorías cognoscitivistas y no-cognoscitivistas y su vinculación con el libro tratado. El texto en cuestión es *Moral Practices* y los autores, D.Z. Phillips y H.O. Mounce. Casualmente, hace unos meses, intercambiando mensajes en Twitter, un seguidor me comentó que le había dado clase H.O. Mounce. Parece que aparte de un excelente profesor es una persona entrañable.

A principios del cuarto año de carrera supe que me decantaría por autores y temas de filosofía contemporánea. Quería dedicarme a la filosofía que se estaba haciendo en aquellos momentos. Y lo que todavía estaba de moda era la filosofía analítica. Me atrajo no tanto por su estilo, sino por su método claro y riguroso, alejado de ciertas formas de hacer filosofía que yo encontraba conceptual y argumentativamente débiles. Y como mi interés eran los temas de ética, cuando se formalizó mi tutoría, el Profesor Sasso me sugirió que leyese autores dedicados a metaética. Entre la bibliografía que me facilitó estaba *Moral Practices*.

L: ¿Y qué tal le fue en la presentación final de su trabajo? Quiero suponer que no dejó de celebrarlo. Cuéntenos un poco, por favor.

M: Me fue muy bien. Creo que estuvo interesante, con algunas preguntas comprometedoras, pero pude desarrollarlas satisfactoriamente. Me dieron la nota máxima y mención de publicación. Pero la tesis nunca se publicó. No sé qué pasó porque hasta llegaron a entregarme las pruebas finales para revisión y sé que el trabajo fue maquetado. Coincidió con mi mudanza a Madrid y no tuve oportunidad de hacerle seguimiento.

Celebrar, lo celebramos por partida triple y por varias y buenas razones. Esa noche hubo una cena formal con mi tutor y su esposa. Al día siguiente, creo, celebración entre compañeros y amigos. Y también hubo un almuerzo con mi familia. Mi padre hacía dos meses que había salido de un doble infarto. Sobraban los motivos para estar feliz.

L: Por cierto, no queremos dejar esta etapa de sus estudios sin curiosear un poco en sus querencias filosóficas. Sin explicaciones añadidas: ¿qué pensador (o pensamiento filosófico) le atraía particularmente y cuál, la verdad sea dicha, se le atragantaba sin remedio?

M: Los que me atraían: Aristóteles, Hume y Kant. Ciertos textos de Platón. Wittgenstein y la filosofía que derivó de los centros de Oxford y Cambridge y se extendió a otros lugares. Philippa Foot. Daniel C. Dennett. Y Merleau-Ponty y ciertas ideas existencialistas. Los difíciles de tragar: Hegel y Heidegger.

L: Que la filosofía contemporánea, particularmente la Ética, atrajo su interés y se ha mantenido a lo largo del tiempo viene demostrado por los libros publicados por usted. Se los voy a recordar: ¿Qué se siente ser Ud.? Hacia una mejor comprensión de nuestros contornos de racionalidad y sus referentes normativos. 2018

Las Paradojas del Mal. Sobre malos, males y malentendidos. 2012

Lo que no da igual. Apreciaciones filosóficas sobre la construcción de futuro. 2004

Una mirada a los títulos, de los que nos gustaría que trace un breve comentario acerca de su contenido, sugiere que de cuestiones metaéticas ha transitado a temas algo más sustantivos: ¿qué tal si nos dice a qué pudo deberse ese giro?

M: Empiezo por el primer libro. Lo que no da igual es una recopilación de reflexiones derivadas de los temas de ética más discutidos y trabajados durante mis doce años de docencia en la universidad. Es consecuencia de todas aquellas clases, del aprendizaje que me permitieron y, por supuesto, del rico intercambio con los que fueron mis alumnos.

Las Paradojas del Mal intenta dar cuenta de la dificultad que representa una combinación inadecuada de condicionamientos personales con ciertos factores externos. Principalmente me refiero a cuando esos condicionamientos entran en contacto con creencias o fundamentos cognitivos equivocados que hacen que se desplieguen modos de respuesta no deseables.

¿Qué se siente ser Ud.? explora la perplejidad que nos plantea nuestra propia condición a través de la presentación de ciertos problemas, y cómo las bases epistémicas con que encaramos su comprensión delimitan el fondo racional del cual depende la calidad de nuestras prácticas. El propósito último es revalidar la importancia de un reclamo ancestral que no caduca y hoy está más vigente que nunca: autoconocerse.

El giro hacia temas más sustantivos tuvo que ver con la evolución que siguieron los desarrollos en el campo de filosofía moral, y con mi propia evolución, evidentemente. La filosofía analítica se considera hoy en día, en cuanto a sus objetivos, un proyecto fracasado, objetivos que nunca compartí. Lo que me interesó de ella, como ya he comentado, fue su método y sus aportes metaéticos. Hoy en día la metaética ha seguido nuevos rumbos dejando atrás sus orígenes. Mis preferencias además a lo largo de estos años se han ido desplazando hacia áreas que ahora son más específicas y que están en intersección con otras especialidades filosóficas, lo que me parece fascinante. Por ejemplo, desde hace un tiempo mi interés se centra en temas de ética relacionados con filosofía de la acción y su natural vinculación con filosofía de la mente, en tanto es un subcampo de ella. Y me interesan especialmente puntos de encuentro con epistemología moral. Me importan también algunas propuestas relacionadas con ética normativa y ética práctica. Y hay nombres que siguen siendo constantes y no me dejan. Me siguen asombrando Aristóteles, Hume, Kant y las nuevas aproximaciones que se hacen de ellos. Son inagotables.

L: Disculpe, esos malos de los que trata en *Las paradojas del mal*, ¿quiénes son?, ¿qué maldades los ilustran?

M: Los malos son principalmente malentendidos que se hacen males y crean malos. Los malentendidos se generan, muchas veces, por dificultades para comprender y gestionar cierta clase de emociones. En el libro traté de ilustrar cómo a lo largo de nuestras vidas, de manera natural, nuestras emociones pueden ir adquiriendo grandes proporciones de regularidad como modos de reacción ante ciertos fenómenos, eventos, o ciertas ideas. Esos modos de reacción van haciéndose un sitio y se convierten en habituales por asociación con adjudicaciones de verdad y expectativas, algunas de las cuales pueden ser muy confusas o imprecisas, o directamente un disparate. En otras palabras, les damos cabida cognitivamente y de forma estable a ciertos estados emocionales porque le damos cabida a ciertas creencias, y también viceversa, le damos cabida a ciertas creencias porque nos dejamos llevar por ciertos estados emocionales.

La emoción negativa que sobre todo se trata en el libro es la emoción del miedo y sus consecuencias cuando, en conexión con ciertas narrativas sobre lo que es o no posible, tratable o intratable, nos aclimatamos a ciertos estilos de respuesta. Un problema que se vuelve más serio cuando se es consciente de ello y, no obstante, seguimos justificando esos estilos como motivos para actuar o para que otros actúen. El miedo es un gran generador de malentendidos, de ideas que pueden atormentarnos y gestar males y malos.

L: Creencias que dan pábulo a emociones, emociones que originan creencias. Dijo hace un momento que sigue en pie un reclamo tan viejo como nuevo: autoconocerse. ¿Se puede saber por qué lo dice? ¿Por casualidad hay alguna relación interesante entre ese reclamo y el miedo o alguno de los miedos habituales que nos configuran y aun modelan?

M: Autoconocerse es estar al tanto de uno mismo, lo que facilita saber cuál es nuestro lugar. Limita las posibilidades de que nos desubiquemos y que otros nos ubiquen donde no queremos. Procurar autoconocerse tiene mucha utilidad. Si mantengo una actitud despreocupada, apática o insensible respecto a la verdad y respecto a cómo me acerco al conocimiento de mi entorno, incluido el conocimiento de mí misma, daré sentido a lo que no lo tiene y daré por racional lo que no es. Asunto peligroso porque así surgen criterios sobre lo que creemos que es normal cuando en realidad estamos ante lo contrario.

Criterios que pueden alcanzar fuerza normativa y desde los que elaboramos juicios de valor. A veces esos juicios de valor se hacen directamente desde crudas reacciones emocionales de mala reputación y tenemos como resultado catastrófico actos guiados, por ejemplo, por odio, ira, rabia, venganza, deseo de poder o simple ignorancia o necesidad... El conocimiento de uno mismo tiene que ver con hacerse cargo de nuestras actitudes, rasgos de carácter, hábitos y creencias porque estos sin duda influyen en nuestras formas de pensar, de expresarnos y de actuar. No son inocuas y tienen sus efectos. Y claramente dan perfiles de quiénes somos. Podemos no ser responsables del origen de muchas de nuestras convicciones, podemos no controlar gran parte de lo que nos ocurre, y menos de lo que ocurre, pero podemos ser responsables de reafirmarnos o no, de repetir o no ciertos patrones y en esto el conocimiento de uno mismo juega su papel.

Sí, hay una relación interesante entre el reclamo de hacerse cargo de las propias actitudes y creencias y ciertos miedos, lo que explica por qué podemos absorberlos con tanta facilidad. Es la relación que establece el factor confianza. La confianza suele camuflar la verdad, que termina no siendo contrastada porque a menudo damos crédito o damos por cierto lo que nos viene de determinadas fuentes. Basta ver lo que pasa con el fenómeno fake news y los mensajes basados en teorías conspirativas que se difunden con toda alegría e irresponsabilidad. Si Ud. tiene nada menos que al presidente de un país, no cualquier país, por cierto, todo el día tuiteando desvaríos, como vino ocurriendo hasta hace muy poco, incitando a la crispación, a la polarización, al enfrentamiento y al menosprecio sobre un sinnúmero de asuntos, y ese es el ejemplo que Ud. recibe y se lo cree porque confía en lo que le dice, probablemente además nutrido de algún modo por prejuicios que ya están en Ud., pues Ud. almacenará solo ciertas impresiones sobre la realidad. Ud. mismo dejará que otro alimente sus miedos y dé forma a su pensamiento, y peor aún, que le mueva a actuar.

Otro ejemplo muy actual. Si Ud. recibe un mensaje de alguien en quien Ud. confía basado en una fuente no reconocida, que advierte sobre no vacunarse porque ninguna de las vacunas contra la Covid sirve para nada, y eso porque supuestamente son todos experimentos genéticos y su inoculación es una farsa que esconde otros oscuros objetivos, y luego Ud., sin pensarlo dos veces, difunde de inmediato ese mensaje a su familia y allegados, quienes, casi seguro, continuarán el efecto viral, pues resultará que, independientemente de lo que cada uno decida al final, estará reforzando el miedo en un ambiente ya de por sí saturado de pánico. Pero, más importante aún, se evidenciará cómo uno no debe aproximarse a una

pieza de supuesta información. Con su acción no solo estaría demostrando tener un valor y manejo de la verdad muy pobre e imprudente. Aparte de ignorar lo que vale la verdad, demostraría que le da igual, que le es indiferente. Y eso sería signo, a su vez, de que Ud. desconoce o no es consciente de la capacidad causal que tienen sus actos.

Hay miedos, como se sabe, que son imposibles de controlar; son inevitables, instantáneos, instintivos. Son naturales. Son recursos de nuestra propia naturaleza que cumplen su función: retienen la acción ante la posibilidad de riesgo; llaman la atención de todo el organismo para ponerlo en estado de alerta; estimulan la precaución ante lo desconocido. El miedo es un mecanismo beneficioso. El problema es cuando se instala como un estado acostumbrado y lo incorporamos como si fuera un rasgo de carácter. El colmo se produce cuando se usa para lograr fines.

La gente tiene miedo de lo que se opone a sus deseos, motivaciones, principios, dogmas aprendidos... Por ejemplo, hoy en día prolifera el miedo a populismos, liberalismos, capitalismo, socialismos, fascismos, comunismos, terrorismos, racismos, sexismos, machismos, feminismos, y unos cuantos “ismos” más. Y se adoptan actitudes a la defensiva, algunas con total razón, pero otras son muy ofensivas y hasta violentas, verbal o físicamente, y lo son de forma gratuita, sin saber bien a qué se reacciona. Muchos ni saben qué significan realmente cada uno de esos conceptos, ni reparan en si son reales las atribuciones que hacen a quienes les acusan de ellos, o peor todavía, no les importa persistir en la hostilidad a pesar de que saben perfectamente que lo que sostienen es una mentira.

Con frecuencia se responde en contra de algo por miedo u oposición a una realidad inaceptable que en el fondo no tiene solo que ver con lo que se cree que la produce. Se termina generalizando y proyectando toda clase de miedos con la mera invocación de ciertos nombres y etiquetas, como símbolos y representaciones de lo que no se debe querer, cuando lo que ocurre es que están oportunamente distorsionados por intereses de ciertos grupos o personajes, incluso por nuestro más íntimo entorno. La cuestión es qué genera esta clase de desorden con raíces artificiales y ficticias. Cómo llega uno a colocarse en la posición vulnerable de dejar que otros pongan en contra de uno los propios temores y aprensiones. El mundo es muy, muy complejo, pero cabe preguntarse si no tiene bastante que ver en todo esto el no estar suficientemente preparado como para tener una relación adecuada con uno mismo, con lo que uno puede conocer de uno, y con la forma en que uno se ocupa de entender la realidad.

L: Se desprende de lo dicho en torno a sus libros que le importan y desazonan sus semejantes: ¿qué, francamente, le atrae y qué le repele de quienes se le parecen -se nos parecen- más de lo que solemos conceder? Me refiero a comportamientos realmente dignos de nota para bien o para mal.

Comportamientos dignos de nota para bien o para mal... Bueno, nadie es completamente bueno o completamente malo. Lo que cuenta es hacia qué lado se inclina la balanza y cuánto. Yo diría que me asombra, en general, la capacidad del ser humano para soportar y enfrentar resistencias, y lo que puede lograr el ingenio de mentes y voluntades unidas para solucionar problemas. Me atrae el recurso a la imaginación y el espíritu rebelde para zafarse de infortunios o de la propia mala suerte. Me llama la atención la gente que encuentra siempre ánimos y motivación en sí misma. Y me identifico con la gente capaz de sensibilizarse y compadecerse, de salir de sí misma y verse en otros. La gente capaz de entrega de alguna especie. Me repele el desperdicio o desuso de facultades y fortalezas personales, de talento. Me amarga la dejadez, la negligencia innecesaria, la subestimación de otros. Me entristece y me parece indecente el desprecio o la falta de respeto a la verdad, la dualidad de las apariencias, la manipulación malsana, la insolidaridad, la intransigencia, y las relaciones de poder sobre las personas indefensas.

También hay casos donde es difícil saber cómo entender “lo digno de nota para bien o para mal”. Cuando uno se encuentra con noticias como que dos de los multimillonarios más ricos del mundo, Jeff Bezos, de Amazon, y Elon Musk, de Tesla, están preocupados por pasar a la historia y quieren hacerlo dándole al mundo progreso y futuro, tanto que ahora están concentrados en invertir miles de millones en negocios de exploración espacial y tecnología en medio de la debacle económica en la que estamos, uno se pregunta qué hace que gente tan inteligente no opte por caminos más sencillos y prefieran ser recordados por otras razones más obvias como salvar al mundo en el presente.

Pero, sin irnos a extremos: Yo pienso en lo que puede estar a mi alcance y creo que debe estar al alcance de todos: dar prioridad a la dotación de recursos prácticos personales para transformar recursos prácticos colectivos que a su vez doten de ambientes mejores. Si soy consciente de lo mal que sientan ciertos tratos y ciertos comportamientos y tengo claro que no me gustan para nada, puedo imaginar cómo se sentirá otro si lo tratan de esa manera o se ve inmerso en esa clase de comportamientos, y puedo imaginar que tampoco estará nada a gusto. Eso se aprende si no sale de manera natural. Si puedo imaginar eso y el otro

también puede, tendremos algo en común, y como esas, otras cosas, y seguramente viviremos mejor los dos, y así, en escala, unos cuantos más. Después de todo, ¿de qué sirve si generaciones futuras pueden habitar otros planetas si tenemos tan pésimas referencias administrando el nuestro?

L: ¡Santo cielo, qué panorama! Después de oírla, son tantos los asuntos de interés que nos asaltan y sobre los que desearíamos tirarle de la lengua, que apenas si acertamos con cuál de ellos proseguir esta conversación tan..., ¿cómo lo digo?, ¡tan intensa! Pero hay uno que no dejaré pasar desapercibido: si no yerro, y aquilatando mucho, varias de sus opiniones confluyen en sostener que reina cierto desvarío, explicable por lo demás, a la hora de determinar qué es lo que cuenta como verdad malamente construida pero de lo más eficaz, y qué como verdad que demanda un esfuerzo reflexivo algo más elaborado. Dicho en corto, y limitando la cuestión a un ámbito moralmente normativo, parece abogar usted por otra episteme: ¿puede ampliar esa idea?

M: Yo comenzaría por decir que el término episteme tiene un linaje muy problemático. La episteme como precursora de conocimiento objetivo en el terreno que sea viene dando problemas desde Platón. Empezó asociada con un sistema estructurado que estaba anclado en verdades pretendidamente últimas, definitivas, universales, infalibles, y esa caracterización inicial disparó la formulación de múltiples y contrapuestos modelos, ninguno exento de alguna clase de conflicto notable. La dificultad fundamental fue el compromiso de la episteme con diversos supuestos. En este sentido, pareciera que esto es un poco lo que pasa ahora, pero no exactamente. Antes de decir por qué, quisiera contextualizar un poco ciertos puntos.

Algunos filósofos actuales rechazan en general el concepto de conocimiento. David Papineau, por ejemplo, lo tilda de “reliquia”, y lo califica de “arcaico”, de “prehistórico” porque seguimos apelando a él como una categoría de certeza superior, y esta forma de concebirlo incita más perjuicio que beneficio. Algo similar sucedería con el concepto de evidencia. Papineau se pregunta si necesitamos realmente un concepto uniforme de evidencia, o si deberíamos optar por una comprensión flexible. Lo cierto es que la presuposición de que la idea de conocimiento es imprescindible puede tener desenlaces funestos en ciertos ámbitos. Por ejemplo, en el terreno legal. Se puede terminar condenando a alguien por evidencias “contundentes” a partir del docto juicio y el conocimiento experto de ciertos declarantes cuando lo que hay no son más que conjeturas y extrapolaciones. O se juzga y se sentencia a una persona sin tener en realidad suficiente evidencia, pero se asume como tales meros indicios, o ciertos testimonios. Y también

nos encontramos, paradójicamente, con que la evidencia existente o, por el contrario, la ausencia de ella, pueden valer indistintamente a favor del ofensor. Para mayor aderezo, agreguemos el aprieto que supone no poder siempre diferenciar entre evidencia apropiada y evidencia inapropiada.

Los ejemplos anteriores son consecuencia de la presión de dar forma “objetiva” a las conclusiones. El resultado es todo lo opuesto. Por eso, algunos proponen mejor hablar en un nivel más modesto y referirse a “creencias verdaderas”. Pero una “creencia verdadera” puede terminar siendo una noción igual de obsoleta y dudosa. Conecta con la idea de creencia verdadera justificada atribuida a Platón por una de las tres definiciones de conocimiento que da en el Teeteto. Definiciones que el propio Platón no comparte porque para él su teoría de las Formas y el carácter innato del conocimiento son, precisamente, episteme. Pero ese es otro asunto. Bueno, esto es solo una mínima pincelada de lo pantanoso que es el tema.

Dicho esto, y ahora sí contestando a la pregunta, yo diría que desde un punto de vista práctico que la dificultad a enfrentar no involucra una episteme nueva, u otra episteme. Esto no quiere decir que no sean necesarios cambios y remodelaciones de cierta profundidad para salvar insuficiencias y deficiencias. Pero creo que el problema y la necesidad más urgente a atender tienen que ver con la calidad individual de nuestros hábitos epistémicos y las transiciones de ideas y pensamientos que hacemos cuando esos hábitos son malos. Se trata más bien de darle justo lugar a la información y desinformación que tenemos disponible; de dar un giro de sentido a la mentalidad desde el punto de vista del trabajo personal que debe hacer cada uno y que nadie puede hacer por otro. Creo que no nos preocupamos suficientemente por ser conscientes del poder que tenemos en la transferencia y propagación de no-verdad, de verdades dobles, de verdad trastocada.

Por lo que abogo entonces es por una predisposición a repeler aquello sobre lo que no tenemos un buen fundamento epistémico. Esto supone responsabilizarse del alcance e incumbencia de nuestras propias competencias. Es decir, no ir más allá de nuestras propias facultades, ni ignorar lo que no se sabe, ni creer que se sabe más de lo que se puede. Supone no entrar en el terreno de la opinión que puede producir influencia si no estamos debidamente documentados o educados en un tema. Supone sensibilizarse respecto a aquello en lo que creemos. Todo esto, al fin de cuentas, se traduce en materia prima para estados de bienestar.

En ¿Qué se siente ser Ud.?, el conocimiento y la verdad son temas recurrentes. Allí digo que están para servirnos, pero que no debemos confundirnos. Cargamos en nuestro ADN un fuerte espíritu de supervivencia y esto tensa la inclinación hacia toda clase de direcciones. Digo también que en nuestra naturaleza está la capacidad de crear intención, y como nuestra intención esencial es alejar de nuestras vidas la fealdad de las malas experiencias, debemos vigilar lo feo y lo malo empezando por nosotros mismos. No funcionamos bien cuando la actitud epistémica se reemplaza por un saber paralelo, o una verdad alternativa, o un “parasaber” extraño, o por la inclinación desinhibida hacia conveniencias, obsesiones, caprichos, afinidades, complicidades o lealtades mal entendidas. Podríamos ahorrarnos gran cantidad de sinrazones y extravíos.

L: Queda entonces más perfilado, ciertamente, lo que corresponde hacer en relación con la idea de conocer (y conocerse). Mantiene todo su vigor la antigua sentencia oracular conócete a ti mismo.

Su trayectoria vital habla de otras actividades académicas como artículos o conferencias. Dado el momento en que vivimos nos gustaría que al menos se explye un poco acerca de uno de ellos, es este, Posibilidades alternativas y vicios epistémicos. Sobre responsabilidad moral en tiempos de pandemia. ¿Qué, sucintamente, propone usted en ese escrito en punto a responsabilidades en medio de una pandemia?

M: La pandemia ha hecho patente que la gente tiene una idea bastante confusa sobre lo que es e implica la responsabilidad y cómo atribuirle. Tiene una idea confusa de lo que se puede y no se puede prever y controlar, y de lo que está o no está a nuestro alcance hacer. En ese escrito traté de mostrar que esas confusiones vienen mayormente de una malinterpretación de lo que creemos que podíamos haber hecho de otra manera, o más precisamente, de lo que creemos que otros, a los que trasladamos responsabilidad, podían haber hecho de otro modo. Emprendo ese objetivo recurriendo al contexto de debate que proporciona el principio de posibilidades alternativas (PAP) enunciado por Harry Frankfurt.

El PAP sostiene que una persona solo es moralmente responsable de lo que ha hecho si pudo haber obrado de otra manera. Frankfurt no se inventó el principio; lo elaboró hace cincuenta años a partir de lo que hoy en jerga de redes sociales llamaríamos un trending topic dentro del núcleo de problemas relacionados con el libre albedrío y su conexión con la responsabilidad moral. Un tema que sigue y sigue. Y ojo, que no se trata solo de una discusión académica. La gente recurre a ese principio en la práctica de muy

diversas maneras y sin saberlo, bien dándolo por cierto o, por el contrario, impugnándolo, pero en todo caso, el principio se hace visible.

Por ejemplo, cuando se dice: “Nadie podía prever cómo iba a comportarse el virus y no se pueden repartir alegremente responsabilidades en una situación así. No había otra opción más que confinar a la gente...”, se está aplicando el PAP. El hablante da a entender que está justificado descargar de responsabilidad a quienes no pudieron hacer otra cosa. Y cuando se dice: “Nadie podía prever cómo iba a comportarse el virus, pero Uds. actuaron tarde y mal, desorganizados, sin consultar a nadie y sin informar debidamente a la gente...”, se está claramente presuponiendo que se pudo haber actuado de otra manera, y que los involucrados son responsables. En este caso, también se está aplicando el PAP. Pero la responsabilidad moral no tiene que ver solo con lo que se puede o no se puede hacer de manera distinta. Otros factores cuentan, entre ellos, de manera especial, lo que se supone que la persona debía saber, o haber sabido, o encargarse de haber sabido cuando tomó la decisión. Ni es siempre cierto que alguien quede exento de responsabilidad en una situación donde no había más que una opción a elegir; ni es verdad tampoco que una persona sea responsable indefectiblemente de lo que hace, haga lo que haga.

Y no solo se trata de saber lo que se tiene que hacer, hay que querer hacerlo. Aristóteles diferenció muy bien entre saber lo que se debe hacer y hacerlo, y saber lo que se debe hacer y, no obstante, no hacerlo. Una cosa es lo que no se pudo haber hecho de otra manera porque no hubo otra alternativa, y otra cosa es ejecutar esa única alternativa sin saber lo que se hace; y algo muy diferente es realizar la opción sabiendo que no debía hacerse, o no realizarla sabiendo que debía realizarse. En cualquiera de los casos, como puede verse, está implicado el saber lo que se hace.

En línea con lo que hemos venido conversando, la propuesta del escrito es llamar la atención sobre la necesidad de detenerse en esta asimetría entre la calidad de nuestras comprensiones, la calidad de nuestras elecciones y la calidad de nuestras decisiones. Sugiero la epistemología del vicio, concretamente, los recientes desarrollos de Quassim Cassam, para investigar y aportar luz sobre este fenómeno. La epistemología del vicio atiende un paquete de problemas que considera el vicio epistémico como una obstrucción intelectual que estorba y obstaculiza la adquisición y transmisión de conocimiento. Una de las mayores causas de esa interferencia es permanecer deliberadamente indiferentes respecto a los canales que forman y nutren nuestra actividad cognitiva. Por eso hablamos de vicios epistémicos o intelectuales, que se

contraponen a la virtud epistémica, comprendida esta como disposición o hábito intelectual sano y estable. Entre esos vicios epistémicos pueden nombrarse el dogmatismo, la arrogancia intelectual, la falta de moderación, la falta de humildad intelectual, el exceso de confianza, la estupidez, la malevolencia intelectual, la mala fe, la falta de honestidad intelectual, la credulidad intelectual... Esto me permite hacer una precisión respecto a la respuesta de la pregunta anterior. Decía que no creía que necesitaríamos una nueva episteme, es decir, un saber basado en determinados principios. Podría decirse que lo que sí necesitamos, en cambio, es una nueva epistemología: estudios sobre el conocimiento desde perspectivas renovadas que incluyan problemas como los descritos.

L: Una nueva epistemología...queda más clara ahora su propuesta, que dicho al pasar, conecta, no casualmente según creemos, con otras muchas voces de quienes desde una y otra parte del mundo académico reclaman revisar cánones, releer clásicos, poner, si me permite la expresión, todo patas arriba y -no podía faltar en esta conversación- hacer filosofía de otro modo y por otras vías: hablo de las redes sociales, de su presencia activa (la suya y la de la Filosofía) en un nuevo medio y nuevo modo de expresión. Cuéntenos, si es tan amable, de su actividad en estas ya ineludibles modalidades de expresión. ¿El medio es el mensaje o no es para tanto? (No está de más añadir que proliferan por doquier quienes decididamente han sacado a la Filosofía de los muros académicos para lanzarla al tráfigo de la vida: en un bar, en una universidad popular, en un círculo de amigos o conocidos habituales se cultiva y da pasto a la Filosofía). Cuente, cuente...

M: Creo que hay que tomarse muy en serio la apertura hacia nuevas formas de comunicación de la filosofía y, ya desde un punto de vista académico, también tomarse en serio reestructurar algunas áreas de estudio. Desde que la filosofía se volvió académica y comenzó a profesionalizarse se intenta sistematizar las orientaciones, lo que ha provocado que en la mayoría de las universidades, es honesto decirlo, los programas estén reducidos desde hace tiempo solo a ciertas preferencias. Muchos de esos programas de estudio se están quedando anticuados y desconectados de la realidad, y eso no atrae; aleja. Lo anticuado no tiene que ver con la edad de un texto, tema o autor, sino con la vigencia y validez de la contribución. Muchos de los temas actuales conectan perfectamente con temas y autores clásicos que describen episodios muy similares a los de hoy con extraordinaria agudeza y claridad. Pero es necesaria una renovación profunda de contenidos y estrategias en la formación filosófica y sacar a la filosofía de esa caricatura persistente del intelectual encerrado en su torre de marfil con ideas que solo él entiende o que

solo a él interesan; esa propaganda, dentro y fuera de la academia, de que la filosofía es saber abstracto, impráctico o inútil comparado con otros saberes supuestamente proveedores de toda respuesta.

La filosofía debe moverse y adaptarse en función de los cambios que se viven y que tienen que ver con el estatus mismo de la persona, su realidad inmediata y la realidad en sentido más amplio. Conciernen a su identidad, su privacidad, su cara pública, sus obligaciones con ella misma y con otros, los derechos sobre su propia persona, incluido el control de información sobre ella misma, y concierne a las formas en que entiende y se relaciona con el mundo. Hoy en día se debate, por ejemplo, y entre muchos otros temas, sobre nuestra relación con diferentes especies o entidades: el estatus ontológico o la capacidad cognitiva y sintiente de otros animales y otros seres vivos, o el estatus ontológico de sistemas y máquinas capaces de aprendizaje y comportamiento inteligente, o capaces de funcionar como la mente humana, de “reproducir” emociones, movimientos anatómicos y gestos, de ser capaces de reemplazarnos. Y si alguien se cuestiona qué estatus ontológico puede tener una máquina, pregúntese también cómo puede algo que no tiene aparentemente estatus de ninguna clase tomar decisiones por uno, que es hacia donde vamos, o más bien donde ya estamos. Y ahí siguen también problemas de siempre derivados de otros círculos cada vez más complicados. La filosofía no se puede quedar al margen porque entonces deja de ser filosofía, deja de agregar sabiduría.

La pandemia nos ha enseñado formas de reinventar procesos de comunicación y enseñanza que han probado su utilidad. Debo decir que no las veo honestamente como un reemplazo de otras formas convencionales. Pero sí las considero alternativas que no pueden ya obviarse y que, idealmente combinadas con otras estrategias, deben aprovecharse porque en la práctica resuelven situaciones. Con o sin un escenario como el que vivimos, la educación virtual es una solución a las posibilidades de acceso a la enseñanza de un gran número de personas que, por diferentes razones, no puede cumplir con horas presenciales, especialmente es el caso de adultos con obligaciones. Creo también que es una ventaja importante como complemento de las horas de clase en aula física y, sobre todo, para hacer llegar al estudiante un cúmulo de materiales y recursos. El inconveniente obvio en la educación virtual, aparte de la evidente pérdida de naturalidad y de intercambio humano que solo permite la clase presencial, está en las consecuencias psicológicas y físicas adversas que está generando. Muchas horas seguidas estáticamente delante de una pantalla, falta de discontinuidad necesaria y sana entre el espacio laboral, profesional o de estudio y el espacio personal, privado, familiar, exceso de los límites en que las personas pueden estar

disponibles... La educación virtual tiene sus virtudes, pero hay que ser francos y realistas, y atender también seriamente las contrariedades.

He notado que este año, por ejemplo, al menos en Europa, hay una tendencia a sustituir un poco la clase virtual o a aliviar la carga lectiva virtual, con medios más sencillos y flexibles. Se está usando bastante el podcast, que tiene quizás la ventaja de un mejor aprovechamiento de tiempos y contenidos; es menos complicado el proceso técnico; se puede realizar y escuchar en el momento que mejor convenga a cada parte; y se puede acceder a él con anterioridad a otro tipo de contacto. En cuanto a otros recursos de comunicación, digamos, más relajados o menos formales: la organización de tertulias en el ambiente de una librería, en un bar o pub, en foros y núcleos privados de amigos... Sí, cómo no, todo eso funciona, pero por ahora nos lo ha quitado la pandemia.

Finalmente, las redes sociales... Creo que si se las utiliza bien, su servicio es enorme. Hoy tenemos la posibilidad de estar al tanto de las últimas publicaciones en tiempo real, de acceder a borradores de artículos que un autor está escribiendo, de tener conocimiento de nuevas investigaciones de la mano de sus propios autores y a medida que estos van avanzando en ellas. Podemos comprobar diariamente cómo los mismos filósofos se hacen preguntas entre ellos, y debaten, y sí, también podemos ver cómo se pelean. Podemos saber hacia dónde está yendo la disciplina, disponer de trabajos académicos y libros en pdf sin costo alguno, incluso recién publicados en algunos casos. Podemos entrar en conferencias, charlas en streaming, podcasts de diferente temática filosófica, etc. Todo gracias a la difusión de los propios filósofos en redes sociales. También colaboran activamente editoriales y otras publicaciones y, por supuesto, universidades y organizaciones.

Twitter es la red social por excelencia utilizada por filósofos. Tiene sus cosas buenas y sus otras cosas corregibles, como todo, pero ni punto de comparación con otras redes, al menos en lo que respecta a la comunidad de filosofía. Aquí tiene cabida la pregunta de si el medio es el mensaje o si no es para tanto... Algunas redes sociales más que otras controlan muy bien el contenido, pero lo controlan a su entera conveniencia. Lo hacen paradójicamente haciéndose la vista gorda respecto a ciertos mensajes. Parece que la “amplitud de criterio” responde a la intención de abarcar datos de usuarios. Por otra parte, dejarse llevar por la corriente es más usual y frecuente en algunos medios que en otros. Es el caso de Facebook. No voy a entrar en detalles pero diré que muchos filósofos no están en esta red, ni quieren estar, o han venido

cerrando sus cuentas. En Twitter es más la persona la que debe controlar el contenido y la propia comunidad de tuiteros de una determinada especialidad. Hay reglas escritas por la red y otras que son tácitas. La comunidad de filósofos, por ejemplo, tiende a ser bastante solidaria. Suele aislar, dejar de seguir, bloquear, denunciar a quien se pasa en tonos, lenguajes o faltas discriminatorias o agresivas con otros colegas. Y también he podido comprobar que es capaz de reconocer errores y pedir disculpas cuando se equivoca... Yo tengo mi cuenta: @philosophypills. Es una forma amena, directa, fácil de intervenir, de compartir y difundir filosofía, de transmitir otras tantas cosas.

La comunidad filosófica en esta red es amplia y reúne importantes estudiosos cuyos materiales se pueden obtener. El único problema es que gran parte funciona en inglés, idioma en que la producción y calidad de artículos y libros es abrumadora hasta el punto de que el inglés se ha convertido en el idioma oficial de la filosofía, y hasta el punto de que autores de habla hispana tienen que publicar en inglés si buscan reconocimiento internacional. También funciona mayormente en inglés en buena medida porque hay un compromiso y empuje importante por parte de los departamentos de filosofía de las universidades de habla inglesa, así como de institutos y fundaciones académicas que organizan toda clase de actividades fomentando tremendamente la filosofía. Esta manera de marcar presencia cuenta y mucho para la percepción de excelencia de una institución. Si una universidad, como la de Oxford, tiene una cuenta exclusiva de filosofía en Twitter donde todos los meses conmemora a un filósofo y publica enlaces gratis a sus escritos y, simultáneamente, todos los días, todos, sin excepción, tuitea capítulos de acceso libre a un libro publicado de un autor actual, así como otras actividades e informaciones, obviamente eso tiene su repercusión. No cuesta tanto hacer lo mismo en el mundo de habla hispana.

Voy a robar todavía un poco más de espacio en esta respuesta porque quisiera agregar varias cosas. Veo un sinfín de oportunidades que podría tener la filosofía. Creo que se debe trabajar mucho más desde el ámbito universitario e institucional para que la filosofía ocupe posiciones (especialmente en castellano) y, sobre todo, encuentre vías profesionales más allá del mismo ámbito universitario e institucional. Creo que la filosofía debe trascender el entorno de la academia, más que para salir de ella, para llevarla a otras esferas y demostrar que hay otras rutas para el filósofo. Creo que los trabajos publicados en revistas académicas especializadas deberían ser todos de acceso gratuito (afortunadamente hasta ahora lo son en castellano). Habría mucho que decir sobre este punto. Pienso que la filosofía debería conectar con problemas y entornos actuales y reales, y contribuir a que la gente, en general, mejore sus bases de conocimiento. Me

parece increíble que las humanidades, y la filosofía, en particular, hayan pasado de ocupar una posición única a haber perdido el reconocimiento que merecen siendo tan fundamentales en la formación de personas y sociedades. Este no es un fenómeno que se puede explicar simplemente por el desplazamiento que ha sufrido por parte de la ciencia y la tecnología. No es culpa de la ciencia que muchos de sus graduados desconozcan la historia de su propia especialidad, que desconozcan que no habría ciencia si no hubiera habido filosofía. Este es un problema que atañe directamente a las instituciones.

No creo tampoco, como algunos, que el académico o quien haya seguido la carrera de filosofía tenga que necesariamente obligarse a participar en debates públicos o exponerse en la escena masiva como única vía para que se preste atención a este campo de estudio. Si ese es su deseo, bien; si no lo es, hay otras formas de hacer visible la filosofía, de demostrar su poder, de ser útil y coherente con lo que la filosofía representa. Lo que representa la filosofía es la preocupación común por la sabiduría y el conocimiento, y la misión del filósofo es compartir lo que sabe y hoy en día puede tener múltiples formas.

L: ... tener múltiples formas, dice... No hay que ir lejos para verlas encarnadas en usted: libros, artículos, conferencias, novelas, guiones, cuenta en twitter (tuitera, vamos), anglófona, hispanoparlante... Poliédrica personalidad la suya, ciertamente. Ahora, y por mor de indagar un poco en su producción no estrictamente filosófica, quiero pasar a otras facetas de su desenvolvimiento personal. Resulta que usted es amiga de la ficción: ha escrito una novela (*La joven del libro*) y no menos de cuatro guiones cinematográficos, concretamente *Asesinato en el spa*, *El caso del cadáver sonriente*, *El sótano* y *La silla*. Salvo el último título, los otros ya de entrada despiertan intriga y curiosidad. ¿Qué nos puede contar sobre el particular? ¿Es usted de quienes narra en géneros más, digámoslo así, despreocupados y atractivos asuntos que no le caben en formatos más reglamentados?

M: Puede ser, en parte, aunque también hay otras razones. En general, trato de llevar a otro género no solo lo que pienso, sino lo que otros podrían pensar o sentir. En ficción la escritura es, como cabe suponer, diametralmente opuesta a la académica. Es psicológica; se dirige a la mente a través de la emoción y todo lo que ese mundo esconde; ejemplifica y envuelve a través de lo común, de lo cotidiano, de lo que podemos fácilmente comprender con solo imaginar un personaje, aunque seamos completamente distintos a él. Trata de empatizar. De vivir lo que vive el otro, por trivial, extraordinario, escalofriante o alocado que sea. En mi caso, dependiendo de cómo se daba la trama y del tipo de formato, incluí más o menos giros filosóficos.

Pero, como digo, cada escrito tuvo sus razones. En el caso de los guiones, fueron proyectos de empresa en línea con el tipo de narrativa que queríamos desarrollar para producción y desde la base de obras de ficción ya publicadas que seleccionamos expresamente para esos fines. Fueron procesos interesantes porque se inician con el contacto con el propio autor y, a partir de ahí, se da rienda suelta al guion que puede estar inspirado en la obra, pero puede desenvolverse y llegar a conclusiones completamente dispares. La Silla y El Sótano son dos thrillers psicológicos, están dentro de ese subgénero del suspenso que se centra en una dinámica de tensiones mentales, físicas, emocionales alrededor de algún elemento insólito que produce desequilibrio, pero que puede no ser tan extravagante e imposible como para que no le pase a cualquiera. Se vale de inestabilidades, temores, miedos, y también de inteligencia y otras cualidades. Explora lados siniestros, oscila entre lo real y la realidad interna del o los personajes... El caso del cadáver sonriente y Asesinato en el Spa son del género comedia. El primero es de humor negro y misterio que incluye una trama detectivesca; el segundo, humor romántico y aventura también en clave detectivesca pero más a lo Agatha Christie, guardando las distancias, claro.

La joven del libro es un proyecto completamente diferente. Es una inquietud personal. Desde hace tiempo quería incursionar en la ficción propia con componentes de no ficción, pero presentados de manera accesible, liviana. No sé qué habrá resultado, pero me sirvió bastante terapéuticamente después de una época muy dolorosa. Aclaro, sin embargo, que la novela no es un drama, ni se hunde en densidades exageradas. Es una novela contemporánea con varias subtramas anudadas y matizadas con secretos, aventura, equívocos, romanticismo, cierto humor, espero, ambientes especiales, con descubrimientos personales y de otro tipo, y un enigma a resolver como hilo conductor. Ya le digo, no sé qué habrá resultado ni puedo valorar objetivamente su calidad, pero lo he pasado bien escribiéndola. Es un gusto que me di. La empecé a finales de 2019 y la terminé a finales del año pasado. Ahora estoy intentando conseguir el interés de algún editor en estos tiempos tremendos. Ah, la protagonista es una profesora de filosofía e historia del arte...

L: Suerte, entonces, con ese editor en búsqueda y captura. Mientras tanto, déjeme tirarle de la lengua acerca de sus conferencias. Buena lista lleva usted encima, desde luego, y no viene al caso poner el ojo en una de ellas en detrimento de las otras; por eso, le pregunto: ¿ha pasado usted en alguna de ellas por un trance memorable?

M: Le voy a contar lo que me pasó en una ponencia en la UCAB, precisamente. Fue una ponencia abierta a todo público y organizada por las Escuelas de Derecho y Filosofía. Versaba sobre la legitimidad de la pena de muerte. Estaba yo presentando mi punto de vista y empecé a notar miradas no muy amistosas desde uno de los rincones del auditorio. Ya sabe Ud. que en filosofía una de las estrategias para demostrar la imposibilidad de algo es examinarlo desde la posición de quienes lo defienden, asumirlo como si fuera nuestra propia postura y verificar cuánto da de sí en hipotéticas situaciones prácticas. Pues yo estaba intentando desarrollar la posibilidad de justificación de la pena de muerte desde una postura utilitarista mostrando un ejemplo en el que utilizaba el argumento del poder de disuasión que podía tener la pena de muerte. La idea era eventualmente llegar al punto de decir que no se podía descansar en una pretendida capacidad de disuasión desde el principio de la mayor felicidad del mayor número porque no era un recurso ni suficiente ni necesario para justificar semejante castigo. Y eso no solo porque el utilitarismo puede ser un fundamento abstracto y equívoco para establecer lo que produce mayor felicidad en una sociedad, sino también porque el argumento de la disuasión desde esas premisas puede encubrir procedimientos injustos o fines perversos dependiendo de quién sea la mayoría. Eso sería contrario a la competencia normativa y correctiva que la ley debería perseguir. La apelación a esa motivación entonces es improcedente por no poder garantizarse su carácter ético y lícito, y porque lo que pretende justificar puede terminar siendo no solo una desproporción, sino una aberración. Mi intención real y última era hacer ver que no era preciso acudir a la idea de derechos humanos para deslegitimar la pena de muerte en ese y otros casos porque con tan solo hacer un ejercicio filosófico sobre sus supuestos teóricos e imaginar escenarios de aplicación práctica se podían apreciar y reconocer inconsistencias y vacíos sustanciales, y dismantelar la intención de autoridad de esos supuestos.

Bueno, nunca pude llegar a completar mi presentación. El grupo de donde partían las miradas desaprobadoras decidió quedarse con lo que le convino o quiso entender. Comenzaron a lanzar sus objeciones bastante agresivamente, por cierto, sin que el moderador pudiese atajarlas. Registraron a su manera la parte de que no eran necesarios los derechos humanos y bloquearon todo entendimiento de lo que realmente se estaba hablando. Interpretaron lo que estaba diciendo como una defensa por mi parte de la pena de muerte. Se puede imaginar la que se armó. Alboroto completo en la audiencia. Una parte de los asistentes en contra de la otra parte. Por un lado, mis alumnos y otros estudiantes forcejeando dialécticamente con los iniciadores de la protesta tratando de hacerles entrar en razón. Por el otro, los

ofendidos dando lecciones sobre el principio de humanidad. Mientras tanto, el moderador, a quien nadie hacía caso, no sabía ya qué hacer; el resto de los ponentes, nerviosos, recogiendo sus papeles y a punto de levantarse para irse; y yo, absolutamente perpleja. Era la segunda vez que daba esa ponencia y en la anterior había habido un conato parecido, pero muy tenue que fue controlado rápidamente. Supe después que se trataba del mismo grupo, un grupo de representantes de Amnistía Internacional. Sí, como lo oye. Debo decir que fue una época en que el debate sobre los derechos humanos estaba a flor de piel y a la orden del día. Al final, alguien intervino y los ánimos se calmaron. Aclaré mi posición y se dio paso rápidamente al siguiente ponente.

L: Me deja sin palabras, sabrá. En casa del herrero... Bien, bien, bien, quizás la tengo un poco cansada con mis preguntas. Puesta a responder, es de las que se fajan. Me la imagino en Madrid dando una dirección a un viandante despistado. Ahora, si a bien lo tiene, quiero tirarle un poco de la lengua acerca de su dedicación profesional, aunque no solo profesional, al mundo del cine: ¿cómo fue a parar a ese mundo?, ¿qué le atrae y la mantiene en ese arte?, ¿maquina usted una serie como esas que hoy ve medio mundo y del que el otro medio que no ve sabe por boca de los primeros?

M: Entré en la industria del cine por pura casualidad. Estaba buscando empleo e hice mi solicitud a varias empresas. Las empresas donde envié las solicitudes eran todas buenas opciones, pero todas solicitaban tener años de experiencia. Con dieciocho años no tenía currículum de ninguna especie más que mis meses en aquel banco y otro idioma además del castellano, pero hice el intento. El mismo día en que mandé la solicitud me llamaron de la Twentieth Century-Fox. Era para un trabajo de secretaria bilingüe y el sueldo era muy bueno. Me sorprendió que llamaran, pero sabía que me iban a sacar el tema de la experiencia en la entrevista porque el puesto era para trabajar en el departamento de Gerencia. Fui bien aleccionada por mi madre que me dio la clave para saber qué contestar. Así que cuando tocó el momento, muy segura y directa dije: “No, no tengo experiencia para el puesto, pero si nadie me da la oportunidad, nunca la voy a tener”. Me contrataron ahí mismo. Mi madre es un genio, pensé.

Así empecé. Dos años y algo más después me contactaron de Columbia Pictures, la competencia. El paquete salarial y las responsabilidades eran más atractivas y me dijeron que tenía posibilidades de ascender porque la empresa estaba negociando una operación conjunta con otra productora. Les tomé la palabra. Al año de empezar con ellos pasé a ser Asistente Ejecutiva y otros dos años después se formalizó la unión

entre Columbia Pictures de Venezuela y Warner Bros. de Venezuela. Entonces necesitaron ampliar personal y me ofrecieron pasar a ser Gerente de Publicidad y Promociones, y unos tres años más tarde más o menos me nombraron Gerente de Marketing. De ahí, pasé a ser Directora de Marketing. Tuve la suerte de tener un jefe excelente, que además odiaba las tareas ejecutivas y administrativas. A él le encantaban las relaciones públicas e idear estrategias de lanzamiento. Se inspiraba más bien fuera de la oficina. Tenía plena confianza en mí y me dejaba a cargo, que era prácticamente todo el tiempo, estuviera o no estuviera en Venezuela. Así empecé a tener roce directo con la Casa Matriz en Los Ángeles.

Desde Venezuela se supervisaba toda el área del Caribe, así que los viajes de mi jefe a diferentes territorios eran frecuentes. Además, estas empresas organizaban convenciones nacionales, regionales y mundiales, y con los actos institucionales y del mundo del entretenimiento, que en aquella Venezuela eran constantes, pues mi jefe no estaba casi nunca. Pero era una persona desprendida, encantadora y sin complejos de gran directivo, y me permitió aprender toda la operación. Fue algo deliberado, según supe, porque ya estaba para retirarse. Con 30 años ocupé el cargo más alto. Ya para ese momento, Columbia Pictures y Warner Bros. se habían separado. Columbia Pictures terminó convirtiéndose en Sony Pictures Entertainment, es decir, la gran corporación japonesa compró a la que fue una gran corporación americana, y yo seguí en mi cargo en nueva sede y con los mismos directivos en la Casa Matriz, pero con una filosofía de empresa muy distinta. Durante esos años tuve varias oportunidades de traslado. Los ofrecimientos de traslado en estas empresas son o eran signos de recompensa porque eran la oportunidad de escalar a mercados más grandes en términos de remesas. Me ofrecieron ir a Argentina, Puerto Rico, España y a la Casa Matriz en Los Ángeles. Mas una vez que uno acepta un traslado se convierte en ejecutivo internacional, una especie de diplomático con alto rango, pero que tiene que aceptar donde lo envíen. No quise dejar lo que tenía. Y si alguna vez me tenía que ir, lo decidiría yo. Así fue.

Actualmente estoy alejada de ese mundo. No de ver series o películas, por supuesto. Pero sí de trabajar en el sector. Sigo abierta a la posibilidad de involucrarme en la parte literaria, la escritura de guiones, pero todo está muy paralizado con la situación que tenemos y desde antes. Sí, maquino historias; les pongo imaginariamente finales distintos a las series, y a lo que juego constantemente es a adivinar los guiones de los episodios o de las películas.

L: Maquino historias, dice. ¡Menuda historia laboral y personal se gasta usted! A fe mía que nadie, o muy pocos mortales, asociaría semejante trayectoria con una persona dedicada a la Filosofía. Bien, no quiero cansarla más, pero -pido su venia- me gustaría rematar esta conversación con una serie de preguntas para las que pido una respuesta a bote pronto. Las formularé de modo un tanto aleatorio, sin ninguna clase de explicaciones y sin el menor ánimo de sacarla de sus casillas. Trato de que nos muestre un poco más otras facetas de su personalidad.

L: Una manía muy suya.

M: Razonar en voz alta, a solas, cuando quiero organizar un argumento.

L: Con ese libro iría al fin del mundo.

M: Tendrían que ser muchos. Más bien me iría con un block y algo con qué escribir.

L: Se derrite por un plato de...

M: Pasta. Ñoquis o Lasagna, preferiblemente.

L: Le impactó esta sentencia cuando la oyó por vez primera:

M: “Si un árbol cae en un bosque y nadie está cerca para oírlo, ¿hace algún sonido?”

L: Si de escritores se trata, se queda con...

M: Yo diría que Borges.

L: Yendo por la calle, no soporta ver...

M: Que no le hagan caso a alguien pidiendo limosna, sobre todo, anciano/a.

L: Disfruta de lo lindo...

M: Durmiendo.

L: Pero le sacan la piedra...

M: Los explotadores, los mezquinos, el sistema bancario, la desigualdad...

L: Ha visto de cerca, muy de cerca...

M: Olas de más de diez metros.

L: Volvería a visitar...

M: El Partenón.

L: Perdió el tiempo y el dinero...

M: En taxis en ciudades extranjeras.

L: Lo vio y quedó extasiada.

M: El David de Michelangelo.

L: Se haría con ese cuadro si pudiera.

M: La Primavera.

L: Picasso, Dalí o Miró... o justo el otro que no he dicho.

M: Botticelli.

L: Un recuerdo imborrable de Buenos Aires.

M: Los asados a la parrilla que hacía mi papá.

L: Y otro de Caracas.

M: El Ávila que veía a todas horas desde el balcón del apartamento.

L: Y otro más de un lugar que no le nombro.

M: Los paseos a la orilla del mar en Lanzarote.

L: Su película.

M: Uf, ninguna en particular. Me gustan en las que está Tom Hanks.

L: Su novela.

M: El nombre de la rosa.

L: Lugar más romántico que ha pisado.

M: Cualquiera en los que estuve con mi esposo.

L: De typical spanish tiene...

M: El gusto por el jamón ibérico, la sidra asturiana y la sobremesa.

L: Y de caraqueña...

M: Antojo de hallaca, marquesa de almendra y el nudo en la garganta al escuchar el Alma Llanera.

L: Y de bonaerense.

M: Devoción por la albiceleste, los sándwiches de miga y el dulce de leche.

L: Su placer del momento es...

M: Poner en marcha una start-up especializada en servicios académicos.

L: La mayor y más grata sorpresa de su vida.

M: Mi matrimonio.

L: Y la mayor desgracia.

M: El padecimiento y muerte prematura de mi esposo.

L: Pisa un templo en caso de...

M: Querer conocerlo.

L: Imite a Dante: pondría en el purgatorio a...

M: Realmente a nadie. Prefiero que quienes lo merecen paguen en vida lo que hacen.

L: Escriba aquí el último tuit que lanzó al espacio.

M: Lo transcribo tal cual lo envié y a continuación lo traduzco: "Let's not forget that philosophy's primary purpose is wisdom, gaining judgement through knowledge, not just absorbing knowledge to show off to the world how smart you are".

“No olvidemos que el objetivo principal de la filosofía es la sabiduría, obtener juicio a través del conocimiento, no la mera absorción de conocimientos para presumir ante el mundo de lo inteligente que uno es”.

L: Esperaba esta pregunta, pero yo no se la hice.

M: ¿Se arrepiente de algo?

L: Muchas gracias.